

NUEVOS ALUMNOS, NUEVOS ACADÉMICOS; LA RELACIÓN INDISPENSABLE EN TUTORÍA Y LOS IMPACTOS MÁS VISIBLES

ALEJANDRA ROMO LÓPEZ
ANUIES

RESUMEN: Se desarrollan tres temas principales: primero, saber algunos rasgos relevantes acerca de quiénes son los alumnos que actualmente están inscritos en las instituciones educativas de nivel superior en México; segundo, qué procesos institucionales ha promovido la

implantación de programas de tutoría que reflejen el papel que debe asumir la docencia, en una relación *indispensable* que contribuya a complementar su formación. Por último, qué impactos o cambios se han producido para constatar si después de todo este tiempo, los estudiantes han modificado su estatus de “actores desconocidos” al de actores “muy reconocidos”. Esta última parte se apoya en un análisis de los principales impactos derivados de la operación de programas de tutoría destinados a estudiantes de licenciatura en México.

PALABRAS CLAVE: alumnos, tutores, relación, apoyo, impacto.

Introducción

Un rasgo inicial de equidad en el tema de la investigación educativa es visible en nuestra perspectiva acerca de una relación de enorme significado, que en la actualidad estimamos “indispensable”. Me refiero a la que mantienen un tutor y un tutorado, si bien protagonistas centrales en esta forma de apoyar el proceso de enseñanza aprendizaje, pero en realidad rodeados de otros personajes cuyo apoyo es esencial, entre ellos, por ejemplo, los orientadores educativos y su aporte en la formación de seres humanos y de profesionales en nuestro país.

El presente trabajo forma parte de una investigación acerca de *Los Programas Institucionales de Tutoría: sus actores, procesos y contextos*, cuyo objetivo general consiste en realizar un recuento de la evolución de los programas de tutoría en las IES mexicanas, en los últimos doce años y a la luz de las tendencias educativas en los ámbitos nacional e internacional. En lo particular, se plantea que los estudiantes, esos

individuos otrora considerados como unos “actores desconocidos” (De Garay, 2001) han atravesado por procesos formativos y por diversos estímulos contenidos en apoyos institucionalizados, con miras no sólo a mejorar su desempeño escolar, asegurando su permanencia durante su proceso formativo, sino a promover en ellos una nueva fisonomía y un protagonismo real como actores centrales del proceso formativo de nivel superior.

Se habla de *una relación indispensable* entre los profesores y los alumnos, puesto que no podemos imaginar la educación actual con seres conviviendo en un espacio común, pero aislados, incomunicados, sin apoyarse mutuamente y sin compartir objetivos, no sólo en la formación profesional de cada uno, sino en la consolidación de un proyecto institucional.

La indagación se ha hecho, fundamentalmente en fuentes documentales, investigaciones relacionadas con los temas tratados, así como una consulta en poco más de 50 trabajos seleccionados entre los presentados en foros nacionales y regionales sobre tutoría, entre 2004 y 2012, que reflejan la experiencia de un voluminoso grupo de actores docentes e investigadores ligados a la organización, operación, evaluación e investigación de programas de tutoría.

Contenido

Quiénes son los alumnos de nivel superior

Quizá una de las características más notables de la población estudiantil sean sus dimensiones; es decir, año con año vemos cómo se multiplica y diversifica la matrícula, pero al mismo tiempo, atestiguamos una inequitativa distribución por área de conocimiento y por tipo de institución.

En sentido cualitativo, el alumnado actual está marcado por una mayor diversificación en orígenes sociales y en ambientes culturales de procedencia. Además, sus intereses y sus motivaciones, sus dudas e inquietudes, poco tienen ver con lo ocurrido hace un par de décadas. En lo escolar, plantea nuevas exigencias: que se asignen mejores maestros, nuevos investigadores, nuevos gestores, planes de estudios innovadores, una mayor diversidad de especializaciones y títulos profesionales; renovadas propuestas de cultura nacional, inserta en el foro mundial, ligadas al desarrollo tecnológico y al imparable proceso de globalización y su impacto en el desarrollo del conocimiento.

Este nuevo alumno, actor real y principal acude al centro educativo buscando cómo adaptarse al mundo y cómo ocupar el mejor lugar posible. ¿Por qué así?, porque ahora los estudiantes, algunos con graves limitaciones formativas previas van en pos de una educación que les asegure un espacio en el mundo laboral; porque la educación superior actual tiene mayor valor en la medida en que les abra las puertas del empleo. Es complejo reconocerlo, pero hoy, lo que no tenga una influencia directa en la consecución de una plaza de trabajo, no merece consideración. Estamos ante una franca subordinación de la formación profesional a las expectativas del mercado laboral. Las escasas oportunidades de encontrar un empleo pesan mucho más que la vocación personal. Por eso, frente a preguntas como “¿qué estudiaré?”, se dice que la respuesta debe ser buscada en la sección “ofertas de empleo” de los periódicos.

Actualmente, entre el alumnado ya no tenemos solamente a jóvenes estudiantes de una “primera” carrera, sino también alumnos “maduros”, estudiantes de posgrado o de “segunda” carrera. Para muchos de éstos, la institución educativa puede ser vista como un lugar de refugio. Pero la lucha por los espacios cada vez es más compleja en tanto que las profesiones se han convertido en una implacable carrera de obstáculos y, en consecuencia, los más débiles quedarán eliminados por aquellos que lograron una integración al ambiente escolar y supieron aprovechar los recursos pedagógicos, didácticos y de desarrollo integral que la institución puso a su alcance.

Las experiencias éticas de nuestros estudiantes también han experimentado transformaciones radicales; les ha tocado nacer y crecer en medio de crisis morales generalizadas, de las que muchas veces no pueden salir o, al menos, no logran salvarlas satisfactoriamente. Vemos cómo se multiplican las circunstancias de desestabilización familiar por problemas de pareja, adicciones, presiones económicas, enfermedades, desencanto en expectativas personales; conflictos individuales o colectivos, efecto de la inseguridad y la violencia actuales. Todo ello con evidentes y fuertes repercusiones en la capacidad de trabajo y concentración de los jóvenes estudiantes.

Sin embargo, es preciso subrayar que los rasgos anotados solamente hacen *diferentes* a los nuevos estudiantes. Lo significativo de reconocer las diferencias y las condiciones para relacionarse con ellos, es que los profesores, los tutores, los orientadores, las IES, en concreto, deberán estar preparadas para acogerlos y apoyarlos.

Es interesante la definición de Serna (2010) sobre el alumno universitario, la cual refleja la condición de riesgo que actualmente padece: “Los universitarios son una élite que ha destacado por su resistencia, permanencia, compromiso, dedicación y habilidad para sobrevivir en las escuelas”; es decir, tenemos enfrente a un conglomerado vulnerable y, particularmente, necesitado de atención y de cuidado extremo.

Ser un joven en el México de hoy significa enfrentar un futuro incierto, muy difícil de reconstruir, con escasos espacios para desarrollarse profesionalmente y sometido a frecuentes pruebas para participar de oportunidades, como el caso de una formación de tercer nivel. Al respecto, dice Porter (2009) “el estudiante mexicano que ingresa a una institución de educación superior hoy, al igual que el “espalda mojada”.... también tiene que pasar una frontera, que lo separa de la educación superior, por medio de exámenes de admisión ... [El estudiante mexicano, en su paso por la educación superior, sabe que se va a topar] con la realidad de un mercado que no ofrece ... oportunidades específicas y que se diversifica y transforma día a día, obligando al estudiante a ser capaz de adaptarse, complementar sus conocimientos con nuevas visiones, ser flexible y receptivo. Esto indica que... el estudiante... debe ser asimismo capaz de leer o entender su realidad circundante desde una visión libre y sin prejuicios”.

La implantación de programas de tutoría y la promoción de una relación indispensable que contribuya a complementar su formación

En principio, esto solamente puede funcionar cuando entre ambas partes medie un *diálogo*; un compromiso que las una en una relación caracterizada por la comunicación, y la cooperación voluntarias, por el respeto y la confianza. Es necesario tener conciencia de que una relación basada en el diálogo es un soporte ideal para el desarrollo de temas de orden cognitivo o de orden afectivo. Hay una serie de factores que median el diálogo, los que con frecuencia ignoramos cuando enfrentamos a un alumno con determinadas necesidades, que explica Burbules (1999) como el interés, la confianza, el respeto, el aprecio, el afecto y la esperanza. El primero supone un compromiso con nuestro compañero de *diálogo*; una atención especial hacia lo que nos tiene que decir. La confianza lleva a pensar en otro factor como el de la creencia; creencia de que se puede confiar en alguien o en algo, cuando se presente algún contexto de riesgo. Por su parte, el respeto tiene un gran peso en la relación de *diálogo* con los estudiantes. Gracias a él

podemos mantener una relación pese a las diferencias en valores, conocimientos o creencias respecto de nuestro interlocutor.

El elemento de aprecio implica una emoción estrechamente relacionada con el respeto; ofrece la posibilidad de valorar las cualidades singulares que los otros aportan a la relación, así como llegar a sentir estima por ellos. El afecto por nuestros interlocutores es algo que nos cuesta trabajo aceptar. Pareciera que en una relación profesional no están permitidos los sentimientos personales. Debemos admitir que la relación dialógica supone acercamiento entre dos o más personas, ningún argumento es válido para negar que se puedan dar elementos de agrado mutuo y hasta más que eso. Por último, en el diálogo, tenemos la esperanza, componente esencial del diálogo que apoya la visión hacia adelante.

De ahí que la implantación de programas de tutoría y su propósito de promover la formación integral de los estudiantes, no obstante ser un viejo tema pero de presencia reciente en los documentos educativos y en los discursos, significa para las instituciones apoyar la preparación de científicos, técnicos y profesionales altamente calificados, con interés permanente por la cultura científica y humanística; es decir, fomentar hábitos académicos de estudio e investigación en los campos del conocimiento científico y humanístico. En esa perspectiva, las instituciones se han empeñado en lograr una transformación para erradicar las inercias que mantienen al alumno como ente pasivo y dependiente, que se comporta como objeto y no como sujeto del aprendizaje, que no acaba por asumirse como el promotor de su formación y como un actor corresponsable del proceso.

Por lo mismo, quisiéramos ver en la labor del tutor, una guía para lograr el compromiso del estudiante con sus estudios, con su formación integral y con la sociedad. Por eso, la tutoría significa una oportunidad de crear las condiciones propicias para un inmejorable proceso de enseñanza aprendizaje, con la mediación de una relación que se vuelva indispensable y propicie un real desarrollo integral de cada uno de los actores académicos.

En ese mismo sentido, la tutoría representa una vía asequible y efectiva de aproximación con los estudiantes; un espacio de confianza que marca un nuevo estilo de relaciones entre estos dos actores, porque implica un esfuerzo de transformación de la

práctica educativa, que genera en los docentes un serio proceso de reflexión sobre su ejercicio y su papel en el desarrollo de la educación superior y de los individuos. Además, la experiencia, preparación y destreza del tutor permiten construir una relación motivante, enriquecedora y de reforzamiento. Los tutores son importantes agentes de socialización e integración para los estudiantes. El alumno también vive la oportunidad de transformarse al participar en actividades de tutoría. Mejoran sus posibilidades de ajuste social e intelectual al mundo de la educación superior. Se propicia la articulación entre las necesidades, los intereses y las preferencias del individuo con los de la institución y se logra superar el aislamiento del estudiante e integrarlo con los demás miembros de la comunidad académica e institucional.

Un reciente estudio coordinado por Romo (2010) advierte que la percepción que el estudiante tiene sobre la tutoría se divide en dos enfoques: el informativo, cuando les permite informarse sobre aspectos del currículum y aledaños a éste; y el formativo, porque les previene o potencia, según el caso, frente a aspectos académicos y personales involucrados en su formación. Y, en relación con el tutor, los estudiantes refieren que les gustaría contar con tutores más responsables hacia sus tareas y con un mayor nivel de compromiso hacia sus tutorados, más accesibles y que reflejen el gusto de ser tutores. Desean estrechar sus vínculos con los tutores, así como lograr mayor interacción en un marco de autonomía personal. En suma, propiciar una relación que aporte experiencias que difícilmente obtendrían por su cuenta.

Impactos para constatar si los estudiantes han logrado un estatus de actores “muy reconocidos”.

Considerar a los alumnos como sujetos significa problematizarlos en el proceso educativo, conocer sus características personales y escolares, sus experiencias, necesidades e intereses, implica observarlos como sujetos activos en el proceso educativo. Conocer quiénes son y qué hacen los estudiantes en su tránsito por la educación superior... permitirá, paulatinamente, diseñar y llevar a cabo políticas institucionales que contribuyan a reducir las altas tasas de deserción escolar, elevar la proporción de egresados y titulados y sobre todo, formar jóvenes más cultos y mejor habilitados profesionalmente para incorporarse de una manera más productiva a la vida social de nuestro país. Lo anterior es lo que recomienda De Garay (2001) en el texto citado de Serna (2010) y no podríamos no estar de acuerdo completamente.

Una vía para lograrlo está en el ejercicio de la tutoría. De esa manera, al menos en el ámbito institucional, podríamos asegurar que los estudiantes dejarían de ser unos simples “actores desconocidos”, De Garay *dixit!*

La experiencia de funcionamiento de programas de tutoría en la educación superior mexicana puede ser recuperada desde muy diversas perspectivas. Una de ellas, consiste en analizar parte de los contenidos medulares de un conjunto de 50 trabajos presentados en seis encuentros de tutoría (Memorias).

Para este trabajo, se organizó la información obtenida en torno de 10 categorías: *Impacto en indicadores de desempeño, Estrategia educativa, Intervención, Tutor, Elemento de diagnóstico, Impacto en actitud, Evaluación, Compromiso, Gestión, Modalidades*. De entrada, la diversidad de temas tratados refleja la complejidad de la actividad y las múltiples direcciones hacia las que apuntan. Quizá por interés, importancia de la situación o por falta de información respecto de otras necesidades, la categoría que más evidencias presenta es la de *Impacto en el desempeño*; cercanamente le siguen *Estrategia educativa* y *Gestión*.

Lo más importante de destacar es que si bien la tutoría ha sido diseñada para lograr un mejoramiento en los indicadores de desempeño, como una prioridad en un contexto educativo caracterizado por la pobreza de sus resultados (en general), a doce años de operar prácticamente en todas las IES afiliadas a la ANUIES, permite una valoración positiva, más no totalmente satisfactoria, de los efectos en las políticas de atención a sus estudiantes.

Sí buscan una mejora en general en el desempeño escolar de sus estudiantes; pero, simultáneamente, proponen una estrategia innovadora adherida a la práctica docente, que mejora la comunicación interna; que privilegia un sentido formativo, por encima de la sola información; que estimula procesos de equidad y de inclusión y prefiere apoyar la calidad antes que la cantidad. Funciona como una vía directa de diagnóstico de problemas a atender en lo académico pero también emocional, personal. Advierte sobre fenómenos más graves para ser atendidos por otras instancias, como depresión, violencia intrafamiliar, abuso, ideas suicidas. También identifica necesidades de capacitación de los tutores y mejora en sus condiciones de operación.

Se subrayan impactos importantes en motivación de los estudiantes, mejora en su comunicación con familiares, en constituirse en factor de cambio personal, generación de mayor confianza en sí mismo y en los demás y en fortalecimiento de la autonomía personal.

Conclusiones

La institución de nivel superior es un privilegiado lugar de encuentro, de diálogo entre profesores que se dedican a transmitir y compartir su saber y de estudiantes con derecho a obtener ese saber. Por eso, hemos calificado a esta relación como *indispensable*, en donde unos necesitan de los otros de manera permanente y creciente: los alumnos de sus profesores y de su acompañamiento. Porque siempre hay necesidad de conocer y reconocer a nuevos estudiantes; de saber que la vida en la institución significa convivencia de una multiplicidad de culturas, edades, intereses, necesidades, lo que obliga a las partes a conocer y manejar un amplio marco de valores, como por ejemplo, el respeto y la tolerancia por las diferencias.

Cualitativamente, el diseño de acciones de alcance institucional destinadas a los estudiantes como la tutoría genera cambios en las dinámicas culturales y les ofrece oportunidades para un mejoramiento en sus historias personales y en sus proyectos de vida, que se deben aprovechar y fortalecer. Son muchas las acciones, pero también los compromisos, por eso es que el tema de la tutoría y las relaciones que induce es una fuente inagotable de exploración e intervención.

Nos deja muchas experiencias. Entre ellas una interesante reflexión: dado que la tutoría no es una actividad de autómatas, sino de seres que piensan y sienten, siempre va a generar dudas, contradicciones, expectativas, satisfacción en unos, malestar en otros; finalmente, alguna suerte de impacto. Si no lo provocara, tendríamos que preocuparnos.

Bibliografía

ANUIES (2001). Programas Institucionales de Tutoría. Una propuesta de la ANUIES para su organización y funcionamiento en las instituciones de educación superior. Serie Investigaciones (2ª. Ed) México. ANUIES.

ANUIES (s/f). Consolidación y avance de la educación superior en México. Elementos de diagnóstico y propuestas. México. ANUIES.
Romo López, A. (2005) La incorporación de los programas de tutoría en las instituciones de educación superior. México. ANUIES.

De Garay, A. (2001). Los actores desconocidos. (1ª. Ed.). México: ANUIES.

Serna, A. (2010) Fundamentación pedagógica. En Armandina Serna Rodríguez (Ed.) La tutoría académica desde la mirada del alumno (pp. 48-50). Baja California. UABC.

Porter L. (2009) La construcción de identidad en el estudiante universitario. En L. Porter Galetar (Ed). Entrada al diseño, juventud y universidad (pp. 53 y 73). México: Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

Burbules, N. (1999). El diálogo en la enseñanza. Teoría y práctica (pp. 27-34). España. Amorrortu.

Romo A., Coord. (2010) Percepción del estudiante de Licenciatura sobre el impacto de la Acción Tutorial (1ª. Ed.). México, ANUIES.

Memorias Electrónicas (CD) de los Encuentros Nacionales de Tutoría: Universidad de Colima, 2004; Universidad Autónoma de Nuevo León, 2006; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2008; Universidad Veracruzana, 2010; Universidad de Sonora, 2012 y Región Sur Sureste de la ANUIES, 2009.